



## El fin de la inocencia

Llamil Mena Brito

UNA MAZORCA PODRIDA, una bicicleta abandonada en un paraje oculto. Dos imágenes que en *Los Canallas* (Claire Denis, 2013) perduran como símbolos de un mundo decadente, de una historia que sale del plano argumental de la película, y quedan para el espectador tan sólo como indicio de una historia aberrantemente lógica. Un juego que en el plano estructural apenas es dispuesto como un guiño para hacer participar al espectador en un proceso psicológico de elipsis y tensión. Pero para llegar a estas imágenes que devienen alegorías en esta película, es preciso primero entenderse en los zapatos de Marco Silvestri (Vincent Lindon), y así observar y ser partícipes de un mundo en tiempos de crisis; pasear a través de una ciudad donde lo ancestral y lo contemporáneo se funden más allá de edificios, y comparten con la Historia tan sólo a sus hombres y aquello que dan por llamar la naturaleza humana.

*Los Canallas* es una revisitación fílmica de Claire Denis a una Francia siempre compleja, donde los más altos valores morales y las más perversas inquietudes conviven bajo la ilusión republicana, cosmopolita e igualitaria de una idea (más que un lugar) como lo es París. Es en esta ciudad donde el destino de dos familias es confrontado por los designios del poder, el deseo, la decadencia y la venganza. Mediante los ojos de un capitán marítimo, el film de Denis nos muestra las vicisitudes que éste debe confrontar a raíz de la muerte de su cuñado y mejor amigo. Es entonces que Marco

busca, por cualquier medio, recobrar dos pérdidas irreparables: la estabilidad económica de su hermana y su sobrina y el honor de su estirpe.

*Los Canallas* es una historia sobre los despojos de un apellido y una moral, ambientada en una circunstancia que pesa por su completa contemporaneidad; una crisis financiera retratada veladamente por Denis en un París donde policías, médicos y, por supuesto, conserjes de edificios, destacan por el color oscuro de su piel. Tiempos de una crisis moral persistente donde el cuerpo es moneda de cambio, y la justicia, una instancia que se desahoga bajo los despojos del honor y la deshonra. Sin embargo, hay algo que desde la lejanía nos permite encontrar un agudo *leitmotiv*: la historia misma de la cinematografía francesa, donde con aires de arrogancia y de postura crítica el orgullo, el honor y la justicia no son ideas alcanzables, sino principios por los que se vive, se muere y se llevan a una resolución que no contempla a esa sociedad tan fraternal, equitativa y libre.

*Los Canallas* es una película de manufactura impecable. En su compleja estructura narrativa, la tensión propuesta por la directora encuentra en sus diversos nudos esquemáticos un potencial para inmiscuirnos —más allá de un historia plagada de suspenso— en una laberíntica vista a los recovecos del cine negro que pugnaba por un realismo psicológico donde la circunstancia y el paisaje aportaban, con idéntico poder,

un drama dispuesto a ser resuelto mediante el misterio y toda su violencia. Aquí, los dispositivos psicológicos y las vistas expresionistas son rebasadas por una frontal puesta en escena violenta e irracional; el misterio puede hallarse en ciertos motivos, particularmente los alegóricos, pero en esencia existe una suerte de claridad que parece buscar centrar el problema de la obra en un manejo frontal de lo evidente, lo honestamente denotado.

Es esta una historia de violencia y poder, donde las dos familias en cuestión, a partir de la tragedia que aqueja a una de ellas, elabora un plan de venganza cuyas repercusiones son constantemente asediadas por todo aquello que queda fuera de la conciencia y la razón propia de la historia central. Aun siendo privilegiados como espectadores al saber más hechos que el propio Marco, no existe la certeza de saber más verdades que él. Caminamos a su lado, descubrimos las cloacas de una crisis que rebasa lo económico e invade lo moral. Esto combinado con el desarrollo de los personajes que acompañan a Marco: seres oscuros, repletos de aristas e historias perturbadoras, conceden a la narrativa una particular forma de complicidad entre lo revelado y lo oculto.

¿Existe aún, en el 2014, un recoveco para plantear el lugar del honor en esta sociedad? Esa parece ser la pregunta a la que la directora francesa nos conduce a partir de una trama y una estructura que apenas nos devela lo necesario para asumir que, en los modos de la venganza, las fronteras se demarcan por el grado de violencia y vileza, por la transgresión al cuerpo y la vacuidad ética de una burguesía y una aristocracia que por cualquier medio buscan establecer una postura sobre el otro, y evocan un poder incólume que aplasta todo lo que se interpone en su paso. En este particular motivo donde Claire Denis siempre se desenvuelve tan cómodamente, la violencia —particularmente la perpetrada sexualmente— se articula de una forma fascinante con las similitudes, pero sobre todo, con las diferencias entre clases que continuamente construyen una idea sobre el Otro. Esta idea toma al cuerpo y a los lugares como espacios de aislamiento e intrusión, y en el caso de la película que nos ocupa, son espacios donde el burgués accede excitado por el estímulo de lo prohibido y abyecto.



*Los Canallas*  
Dirección de Claire Denis  
Francia, 2013, 100 min.

En su búsqueda de reivindicación, Marco reinventa su vida, deja su trabajo, vende sus propiedades y se acerca a la mujer de su enemigo, esto a pesar de su propia familia. Sin embargo, la línea que hace de Marco un héroe o un canalla es prácticamente invisible. La división entre sus loables motivos y sus métodos lo llevan a parecerse a su antagonista, donde ambos hacen del rol femenino un fin que amerita los medios. A partir del despojo y la muerte es que se establece el rol femenino en esta película. Mujeres que adquieren un papel protagónico a pesar de ser visto mediante la pasividad de sus acciones, pero que en el desenlace restauran una postura donde ellas son las que determinan su propio destino.

Cuando el cine exime la posibilidad de la redención o la culpa se entra de lleno en un juego violento, el juego perverso de *Los Canallas*. Un microcosmos de una sociedad donde la transgresión y el poder sólo pueden alcanzarse a dilucidar a partir de dos someras imágenes donde la inmundicia es alegorizada: una mazorca podrida y una bicicleta abandonada en el paraje más invisible y sórdido de la ciudad de la luz. **AAA**